

ARZOBISPO
Ricardo Blázquez Pérez

Homilía

SEMANA SANTA 2014

Santa Misa Crismal

17 de abril de 2014

Queridos arzobispos eméritos de Manchester y Westminster, hermanos presbíteros y diáconos, religiosos y religiosas, catequistas y colaboradores en la pastoral de la salud, hermanos y hermanas todos.

En la Misa Crismal que estamos celebrando van a ser bendecidos el óleo de los catecúmenos para el Bautismo y el óleo de los enfermos, que les presta alivio en la debilidad; y será consagrado el santo crisma, con el que se unge a los recién bautizados, son sellados quienes son confirmados y se ungen las manos de los presbíteros y la cabeza de los obispos. En esta celebración notamos particularmente la ausencia de D. José, que nos dejó hoy hace un mes, después de haber servido a nuestra Diócesis como Arzobispo veintisiete años.

Esta celebración tiene que ver con los sacramentos de la iniciación cristiana y con la ordenación sacerdotal, y por eso renovaremos las promesas sacerdotales.

En la situación presente hemos ido descubriendo, paso a paso, en unos y otros lugares, que la iniciación cristiana debe ocupar un lugar básico en nuestra acción pastoral; en esa onda se inscribe la nueva edición de nuestro *Directorio Diocesano de los Sacramentos de la Iniciación Cristiana*, que fue aprobado el 15-10-2013, y que entrará en vigor al comienzo del próximo curso pastoral. Iniciación cristiana significa aprendizaje existencial de la vida cristiana y colocación de los cimientos del cristiano y de la Iglesia; solo si hay una iniciación cristiana sólida podemos esperar fundadamente continuidad en el futuro. Va-

esperanza. Con la ayuda del Espíritu Santo, podemos vencer cansancios y frustraciones; nosotros trabajamos por el amor de Jesucristo, por la gloria de Dios, por la salvación de las almas, por el Evangelio, por la Iglesia, por la humanidad.

«Las palabras "esto es mi cuerpo" y "esta es mi sangre, derramada por vosotros", pronunciadas in persona Christi, constituyen el centro de la representación de Jesucristo, en torno al cual se orienta todo lo demás» (Karl Heinz Menke, *Sacramentalidad. Esencia y llaga del catolicismo*, BAC, Madrid 2014, pp. 213 s.). En el ministerio de los presbíteros, el anuncio de la Buena Noticia ocupa el primer lugar, porque la salvación comienza con la revelación de Dios en la Palabra; pero, «así como Cristo selló su anuncio con la entrega de sí mismo en la cruz e hizo plena nuestra salvación con su muerte y resurrección, así el centro del servicio sacerdotal es siempre la celebración de la sagrada eucaristía» (Alois Grillmeier, cit. en p. 204).

La forma de vivir y de actuar de los ministros debe manifestar esa representación particular de Jesucristo. Queridos hermanos sacerdotes, estamos llamados a transparentar al Señor, que, como un siervo, lavó los pies a sus discípulos (cf. Jn 13,14-15) y se entregó por amor hasta la muerte.

En su Primera Carta, el apóstol Pedro, como hermano presbítero y "testigo de la pasión de Cristo", nos hace tres recomendaciones, oponiendo las actitudes del buen pastor a las contrarias: «*Pastoread el rebaño de Dios que tenéis a vuestro cargo; cuidad de él, no a la fuerza, sino de buena gana, como Dios quiere; no por sórdida ganancia, sino con entrega generosa; no como déspotas con quienes os ha tocado en suerte, sino convirtiéndoos en modelos del rebaño*» (1P 5,2-3). Nos exhorta a pastorear de buena gana, generosamente y con humildad.

Apacentamos el rebaño que pertenece a Dios; no somos dueños, sino encargados. Si no son nuestros la Iglesia, el Evangelio ni los sacramentos, de nosotros se espera, consiguientemente, fidelidad. Hemos recibido la misión que se nos ha encomendado, queremos cumplirla, no rehuímos el trabajo; es un servicio que deseamos realizar gustosamente, con alegría, como Dios quiere.

Si Cristo se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza (cf. 2Co 8,9), el estilo del buen pastor no puede seguir la lógica del dinero; la codicia es una trampa tendida por el maligno para que sirvamos el dinero en lugar de a Dios (cf. Mt 6,24). Jesús eligió a los discípulos como misioneros, los dió-

de Cristo, de modo que, cuando se revele su gloria, gocéis de una alegría desbordante» (1P 4,13; cf. Enzo Bianchi, *Una vida diferente*, Madrid 2005, pp. 158 s.).

Queridos hermanos sacerdotes, renovemos las promesas del inolvidable día de la ordenación; también exhorto cordialmente a los diáconos a reavivar sus promesas. El ministerio que hemos recibido no es una carga, sino un signo de amistad por parte de Jesús.

El Viernes Santo hacemos la colecta especial por los Santos Lugares. Los cristianos de aquellas Iglesias padecen necesidades particulares; la penuria económica de las familias, los altísimos índices de desempleo y el sostenimiento de escuelas y hospitales solicitan nuestra generosidad. ¡Que nuestra solidaridad manifieste la gratitud por el don del Evangelio que nos llegó desde el Oriente, desde allí! Los cristianos de aquellas tierras se ven constantemente forzados a dejarlas a causa de las estrecheces económicas y de las agobiantes dificultades de convivencia; poder emigrar es un derecho, pero tener que emigrar es una imposición injusta. ¡Que la paz llegue a aquella tierra, santificada por la presencia de Jesús!

¡Que María, que pronunció su *fiat* el día de la anunciación y lo mantuvo silenciosamente en el Calvario, sostenga con su intercesión maternal nuestra debilidad!